
Atreverse a ser padres. Reflexiones sobre la paternidad espiritual del sacerdote en el contexto actual

The Courage to be a Father. Reflections on the Spiritual Fatherhood of the Priest in Today's Context

RECIBIDO: 10 DE OCTUBRE DE 2024 / ACEPTADO: 7 DE MAYO DE 2025

Lucas BUCH

Universidad de Navarra. Facultad de Teología
Pamplona, España
ID ORCID 0000-0003-4316-290X
lbuch@unav.es

Resumen: En los últimos años ha crecido el número de publicaciones que tratan de la paternidad espiritual, y en particular de la del sacerdote. Parecía una realidad descartada en occidente, especialmente tras la toma de conciencia que supuso la crisis de los abusos de inicios del siglo XXI. Sin embargo, se puede hablar de un renovado interés. ¿Es posible aún plantear la posibilidad de una paternidad espiritual? ¿En qué condiciones? En este artículo se proponen algunos elementos de reflexión, que parten de estudios recientes y de testimonios más antiguos.

Palabras clave: Sacerdocio, Crisis de abusos, Paternidad espiritual, Paternidad, Acompañamiento espiritual.

Abstract: Recent years have seen an increase in the number of publications dealing with spiritual fatherhood, and in particular with that of the priest. In the preceding decades, from the 1960's onwards, spiritual fatherhood had appeared to be a discarded reality in the West, and it has been particularly so after the abuse crisis at the beginning of the 21st century. Nevertheless, it is evident that there is a renewed interest in this subject. The central question that arises, then, is whether the concept of spiritual fatherhood can still be proposed. The present article will explore the conditions under which it can be proposed, drawing on both recent studies and historical testimonies.

Keywords: Priesthood, Abuse Crisis, Fatherhood, Spiritual Fatherhood, Spiritual Accompaniment.

Cómo citar el artículo: BUCH, L., «Atreverse a ser padres. Reflexiones sobre la paternidad espiritual del sacerdote en el contexto actual», *Scripta Theologica* 57 (2025) 403-428.
<https://doi.org/10.15581/006.57.2.403-428>

La paternidad espiritual del sacerdote no es una idea nueva. Está presente ya en los primeros siglos de la era cristiana y muchos santos sacerdotes han sido, para sus fieles, “padre y maestro”¹. Las décadas finales del siglo XX, y sobre todo el inicio del XXI, han visto un interés creciente por este aspecto, tal vez como respuesta al ensombrecimiento general de la paternidad en la cultura contemporánea. En el caso de la Iglesia, además, ha sido preciso dar respuesta a los interrogantes que ha planteado la crisis de los abusos. Si el sacerdote está llamado a ser padre, ¿en qué condiciones es eso posible? En estas páginas se ofrecen algunas reflexiones que pretenden ayudar a responder a esta pregunta. Se comenzará exponiendo brevemente la realidad de la paternidad espiritual del sacerdote, y su dificultad, para considerar después algunos elementos que puedan servir para vivirla en el momento actual.

1. UNA HERMOSA REALIDAD

En sus *Memorias*, el actor Alec Guinness narra un curioso suceso que acabó con algunos de sus prejuicios hacia la fe católica. Se encontraba en Francia, filmando la película *Father Brown (El detective)*, en la que él mismo representaba al conocido personaje de Chesterton. El set de grabación estaba situado en un pequeño pueblo, en la cima de una colina, mientras el equipo residía en un hotelito que distaba unos tres kilómetros de ahí. Un día, cuando ya había atardecido, Guinness decidió acercarse al set, vestido con su sotana y su sombrero de clérigo. Allí estuvo hablando con algunos colegas y descubrió que, en realidad, no le iban a necesitar en cosa de cuatro horas. Decidió volver al hotel:

Era ya de noche. No estaba muy lejos, cuando oí unos pasos ligeros y una voz chillona diciendo: “*Mon père!*”. Un chico de unos siete u ocho años me cogió la mano, apretándola con fuerza, la balanceó y se puso a hablar sin parar. Estaba lleno de animación, saltaba y brincaba, y no me soltó. No me atrevía a hablarle por si le asustaba mi espantoso francés. Aunque era un completo extraño, pensaba que era un sacerdote y por tanto alguien de fiar. De repente, con un “*Bonsoir, mon père*” y una especie de reverencia lateral, desapareció por un agujero en un seto. Había

¹ El modo en que se ha comprendido y se ha justificado esta realidad ha cambiado a lo largo de los siglos. Para una visión de conjunto, que se detiene en algunas propuestas actuales, cfr. MARTÍNEZ ORTEGA, J. M. e INSA, F., «La paternidad espiritual del sacerdote en la tradición de la Iglesia», *Annales Theologici* 38/1 (2024) 243-308.

dado un alegre y seguro paseo hasta su casa y a mí me dejó con una extraña y tranquila sensación de júbilo².

Esta historia, que parece de otra era, nos permite vislumbrar la belleza que el cristianismo es capaz de encarnar. Al sacerdote se le llama “padre”, y no por casualidad. Sobre la experiencia de ser padre, comentaba recientemente un periodista: “Es muy extraño mirar a otra persona, a una pequeña persona que no tiene absolutamente ninguna experiencia de vida, y reconocer que tú estarías felizmente dispuesto a no existir en absoluto, si con eso procurases su florecimiento”. Luego lo ponía en relación con el modo en que Moisés, al volver a subir la montaña después de la traición idólatra del becerro de oro, pide a Dios que le quite la vida él mismo, si no va a perdonar a su pueblo (Ex 32,31-32). Y finalmente pasaba de Moisés a la costumbre de llamar “padre” al sacerdote³.

Padre es aquel que ha tenido un hijo, claro está, pero eso no basta. A esa dimensión biológica acompaña otra más íntima, personal. El padre es apoyo y empuje para que su hijo crezca y se desarrolle hasta alcanzar la madurez que le permitirá vivir su vida en plenitud. Padre es aquel que vive para que sus hijos vivan, aquel cuya existencia no consiste en otra cosa. El padre no posee al hijo. Lo acompaña, se entrega para que pueda crecer. Pero lo hace de tal modo que busca sobre todo que sea capaz de desarrollar sus talentos, de encontrar su camino más propio, de volar por sí mismo y de *ser* en comunión, en plena libertad⁴. La paternidad es una de las más altas formas –si no la más alta– de gratuidad, de amor gratuito. No en vano es la realidad que sirve en la Revelación para acercarse al amor de Dios. De hecho, forma parte de la imagen de Dios en el hombre, y se encuentra inscrita en él como una necesidad personal hondamente enraizada. Que pueda servir también para describir el papel del

² GUINNESS, A., *Memorias*, Madrid: Espasa Calpe, 1987, 60. A continuación añade la siguiente consideración: “Mientras seguía mi paseo, reflexioné acerca de que una Iglesia que era capaz de inspirar una confianza tal en un niño, haciendo que sus curas, aunque sean desconocidos, sean tan abordables, no podía ser tan intrigante y tenebrosa como se suele pensar. Empecé a desprenderme de mis prejuicios, adquiridos hacía mucho tiempo”, 60-61.

³ MORELLO, S., en la entrevista a Mons. E. Varden que titula *The Devoured Man*, en <https://www.youtube.com/watch?v=73bi3kkwtDg>, consultado el 26-VIII-2024.

⁴ Cfr. PAPA FRANCISCO, Carta Ap. *Patris corde*, 8-XII-2020, § 7: “Ser padre significa introducir al niño en la experiencia de la vida, en la realidad. No para retenerlo, no para encarcelarlo, no para poseerlo, sino para hacerlo capaz de elegir, de ser libre, de salir”. En este mismo sentido, son interesantes las reflexiones de D. Capó y C. Granados, el primero en relación con la tarea del padre y el segundo con la del maestro, en su libro *Florece*, Madrid: Didaskalos, 2023.

sacerdote –como una “obligación inherente al ministerio que se nos ha confiado”– es algo muy hermoso⁵.

Se podría objetar que el mismo Jesús afirma en el Evangelio: “No os dejéis llamar *rabbí*, porque uno solo es vuestro maestro y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el del cielo” (Mt 23,8-9)⁶. Y sin embargo, desde los primeros siglos se ha reconocido una paternidad en aquellos que han transmitido la fe. El mismo san Pablo utiliza ese lenguaje: “Ahora que estáis en Cristo tendréis mil tutores, pero padres no tenéis muchos; por medio del Evangelio soy yo quien os ha engendrado para Cristo Jesús” (1 Cor 4,15). Y en otro lugar: “Hijos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo se forme en vosotros” (Gál 4,19).

Estas declaraciones –como la costumbre antiquísima de reconocer a un padre espiritual en el obispo, en el presbítero y en el monje– ponen de relieve dos elementos centrales. En primer lugar, que la comunicación de la fe, o la ayuda para recorrer su camino, no puede entenderse como una mera transferencia de conocimiento. Según apunta Jean Claude Larchet:

La función del padre espiritual no se limita, como la del maestro, a enseñar. El padre espiritual, como su nombre indica, tiene como tarea esencial engendrar espiritualmente a su hijo, hacerlo “nacer de lo alto” y ayudarle a crecer hasta que alcance la estatura de hombre adulto en Cristo, como indica el apóstol a sus propios hijos espirituales (...). Por consiguiente su función no es especulativa, sino operativa⁷.

⁵ El entrecomillado se encuentra en M. CAMISASCA, «La paternidad cristiana, fruto maduro de una vida casta», en INSA, F. J. (coord.), *Amar y enseñar a amar. La formación de la afectividad en los candidatos al sacerdocio*, Madrid: Palabra, 2019, 249, quien señala también la paternidad como necesidad personal. Sobre la dimensión psicológica de esa necesidad, se ha señalado la obra de E. Erikson, que la consideraba como “la *competencia evolutiva* que toda persona debe alcanzar en la etapa adulta”, cfr. INSA, F. J., «Estilos formativos e interiorización de la imagen de Dios», en ID. (coord.), *Formar en la y para la libertad. Seguir a Cristo en la vida sacerdotal*, Madrid: Palabra, 2023, 239. En cuanto a la paternidad de Dios como modelo de paternidad, cfr. CAMISASCA, M., *El desafío de la paternidad. Reflexiones sobre el sacerdocio*, Madrid: Encuentro, 2005, 109: “Toda paternidad que quiera imitar a la de Dios es paternidad que hace ser y acompaña, que solicita, valora y custodia la libertad del otro. Ésta es la finalidad para la que existe la Iglesia y toda compañía vocacional: acompañar la vida de cada uno con el fin de que la percepción original de ser amados se convierta en nosotros en una conciencia habitual”.

⁶ Esto supuso una dificultad para san Jerónimo, quien cambió posteriormente de posición, cfr. MARTÍNEZ ORTEGA, J. M. e INSA, F. J., «La paternidad espiritual del sacerdote», 257-258.

⁷ LARCHET, J. C., *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, 2ª ed., Salamanca: Sígueme, 2016, 418.

Del sacerdote, como del corazón de Cristo, mana para los cristianos una corriente de Vida. Esto es particularmente claro en relación con los sacramentos, pero vale también de modo análogo para su predicación, y para toda su labor de acompañamiento y cuidado⁸. A la vez, el sacerdote es consciente de que se trata de la transmisión de una Vida que a su vez él ha recibido. Una Vida que es en realidad el mismo Dios quien concede en cada caso. Por eso –y este es el segundo elemento– quien transmite la fe o acompaña en su camino sabe que la Vida que transmite no es suya. Es divina, y el mismo transmitir es obra de Dios. De ahí que la paternidad que el sacerdote encarna esté llamada a ser una manifestación de la paternidad de Dios. Como afirma el mismo Pablo, Dios Padre es aquel “de quien toma nombre toda paternidad en el cielo y en la tierra” (Ef 3,15).

Este segundo elemento no hace sino reforzar el primero. El sacerdote transmite una Vida, y lo hace movido por un amor que no es suyo, sino que es participación del amor de Dios. En *Pastores dabo vobis*, Juan Pablo II escribió que “el principio interior, la virtud que anima y guía la vida espiritual del presbítero en cuanto configurado con Cristo Cabeza y Pastor es la *caridad pastoral*”⁹. A continuación lo describía con algo más de detalle: “El contenido esencial de la caridad pastoral es *la donación de sí, la total donación de sí* a la Iglesia, compartiendo el don de Cristo y a su imagen”¹⁰. No se trata de algo que los sacerdotes cumplan en determinados momentos, o con actuaciones particulares, sino que “la caridad pastoral *determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente*. Y resulta particularmente exigente para nosotros”¹¹.

En efecto, la caridad pastoral inaugura una nueva vida. En otro texto, el mismo Juan Pablo II señaló concretamente que constituye el fundamento de un existir que se ha convertido en una *pro-existencia*, es decir, “un vivir inspirado en el modelo supremo que es Cristo Señor, y que, por tanto, se entrega

⁸ Sobre las distintas expresiones de la paternidad en la misión del sacerdote, cfr. GRIFFIN, C. H., «The Anthropological Witness of Celibacy», *Scripta Theologica* 50/1 (2018) 131-134.

⁹ JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Pastores dabo vobis*, 25-III-1992, n. 23.

¹⁰ *Ibid.* Recogiendo las palabras de una homilía que había pronunciado en Seúl, continuaba: “La caridad pastoral es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la donación de nosotros mismos lo que muestra el amor de Cristo por su grey. La caridad pastoral determina nuestro modo de pensar y de actuar, nuestro modo de comportarnos con la gente. Y resulta particularmente exigente para nosotros...”.

¹¹ *Ibid.*

totalmente a la adoración del Padre y al servicio de los hermanos”¹². Se trata de un modo de vida tan exigente como hermoso, en cuya profundidad es siempre posible ahondar ulteriormente.

2. HERMOSA PERO DIFÍCIL

Ante la realidad que se acaba de describir, no es posible olvidar la dolorosa realidad de los abusos. La crisis que se ha atravesado en las últimas décadas ha afectado hondamente a la imagen de la Iglesia y de los sacerdotes, y ha dejado su marca en quienes han recibido el sacramento del orden en este tiempo. En su libro dedicado a la castidad, recoge Mons. Erik Varden su propio testimonio:

Entré en la vida monástica en 2002, un momento en el que los casos pasados de abuso sexual cometidos por miembros del clero, incluso monjes, aparecían con tanta frecuencia y detalle en la prensa británica que pasé por periodos de náusea permanente. (...) Era difícil no sentirse contaminado por asociación y, en mayor o menor medida, no interiorizar un sentimiento de culpa. Este reflejo se afirmó cuando, de tanto en tanto, barruntaba lo que otros podrían sentir cuando me veían.

Me explico.

Una década después de mi toma de hábito, cuando la magnitud del abuso sexual en la Iglesia era reconocida cada vez más en toda Europa, caminaba una mañana bajo un radiante cielo azul romano hacia la basílica de Santa Maria Maggiore, en dirección al Istituto Orientale donde trabajaba. En la vía Panisperna, me crucé con una señora de mediana edad que con serena deliberación me escupió a la cara. Pude comprender la profundidad de la ira y dolor de la que surgió esa acción. Quizás hasta pude entenderla. Pero no hubo manera de saberlo. Ella no tenía ánimo de hablar.

¿Cuál debía ser mi respuesta?¹³

Que el sacerdote no es un perfecto mediador del amor de Cristo es evidente para cualquiera que tenga una mínima experiencia. Hay siempre una

¹² JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Pastores gregis*, 16-X-2003, n. 13; cfr. n. 11.

¹³ VARDEN, E., *Castidad. La reconciliación de los sentidos*, Madrid: Encuentro, 2023, 10-11. Lógicamente, parte de la respuesta la constituye el mismo libro.

ambigüedad, que es hasta cierto punto inevitable, como la que se pone de relieve en el dramático desarrollo de la novela *El caudal de las noches vacías*, de Mercedes Salisachs, en la que una relación de acompañamiento se convierte en un enamoramiento¹⁴. Sin embargo, la realidad de los abusos va más allá de eso:

- En primer lugar, el abuso encarna la corrupción más honda del acto de amar, pues transforma la relación que debía ser cauce de amor –en este caso, de amor paterno, gratuito– en una relación de posesión y uso.
- Cuando la víctima es un menor de edad, o alguien de algún modo dependiente, a esa corrupción se le añade otra, que tiene que ver con la confianza que requeriría una particular misión de cuidado y protección.
- Y cuando el abusador es un sacerdote, a esa doble corrupción se añade la de convertir un cauce querido por Dios para comunicar su amor infinito por cada ser humano, en una ocasión de posesión, de uso, de instrumentalización de una persona para una satisfacción egoísta¹⁵.

La crisis de los abusos ha generado una clara conciencia de la gravedad de estas conductas y, en muchos casos, de su misma *posibilidad*. No cabe ya una mirada ingenua. Se trata de una realidad innegable. En el fondo, el riesgo de los abusos está presente en la misma raíz de las relaciones humanas, pues tiene que ver con el egocentrismo y las tentaciones del poder, del tener y de la propia satisfacción que aparecen apuntadas ya en el tercer capítulo del *Génesis*¹⁶. Encontrar esas inclinaciones no es algo nuevo, ni ajeno al ser humano; no obstante, es preciso en todo caso reconocerlas y procurar sustituirlas por el *ordo amoris* que es propio del amor que Dios ha traído a su criatura, y al que la llama.

¹⁴ Cfr. SALISACHS, M., *El caudal de las noches vacías*, Madrid: Martínez Roca, 2013.

¹⁵ Esta triple corrupción aparece dramáticamente resumida en el testimonio de una víctima de abuso: “Un padre a la inversa. Cuando el amor se transforma insidiosamente en una relación de poder, incluso con el desconocimiento de la persona asaltada. Cuando el don total se convierte en la puerta abierta al control por una necesidad narcisista ciega e insaciable. Cuando el secreto sirve para aprisionar un cuerpo todavía demasiado vivo”, Testimonio recogido en DE LASSUS, D., *Riesgos y derivas de la vida religiosa*, Madrid: BAC, 2022, 326.

¹⁶ Cfr. *ibid.*, 23, donde afirma que los abusos “no son específicos de la vida religiosa, sino que son las manifestaciones de un riesgo más básico, presente en la naturaleza humana y vinculada con el ejercicio de la *leadership*”. En otro pasaje, uno de los testimonios que recoge apunta: “Las tres tentaciones del poder, del tener y del disfrutar son universales”, aunque añade enseguida que su presencia es más grave donde “deberíamos encontrar testigos de Dios y frutos de santidad”, en *ibid.*, 40. Por su parte, san Agustín habla en distintos momentos de la *libido dominandi*, que caracteriza el amor que se opone al de Dios y que es, tal vez, la más poderosa de nuestras tendencias, cfr. *De Civitate Dei*, I, *praef.*; XIV, n. 28.

3. ¿ES POSIBLE LA PATERNIDAD ESPIRITUAL? ¿EN QUÉ CONDICIONES?

Hemos descrito hasta aquí una realidad hermosa y al mismo tiempo difícil: difícil por la misma debilidad humana, y difícil en sí misma. Es conocida la afirmación de san Gregorio Nacianceno: “En efecto, realmente me parece que es el arte de las artes y la ciencia de las ciencias el guiar a un hombre, que es el más hábil de los seres vivos y el más complicado”¹⁷. Así las cosas, cabría preguntar: ¿Es posible vivir el acompañamiento y la paternidad espiritual?, ¿o es preferible dejarlo para unos pocos, santos, genios de la vida espiritual? La necesidad que toda persona tiene de un acompañamiento y el hecho de que el sacerdote en particular tenga esa misión hacia quienes le han sido confiados en su ministerio lleva a pensar que debe ser *posible*, para quienes han recibido esa llamada, vivir la paternidad espiritual y llevar a cabo un acompañamiento. Vamos a repasar a continuación cuatro condiciones para encarnarlo.

3.1. *Vida espiritual y sentido de misión*

Quizá sería preferible cambiar el orden de los dos elementos que dan título a esta sección, pues, a la luz de lo que se acaba de decir, si una persona tiene el atrevimiento de ofrecerse para acompañar a otros en su vida espiritual es porque siente como dirigidas a sí misma las palabras de Cristo: “Que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15,12; cfr. 13,34); y: “Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo” (Jn 20,21). Esa persona descubre la llamada a *vivir-para* los demás, del mismo modo que los apóstoles vivieron para los primeros cristianos y transmitieron esa misión a otros: “Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio Hijo” (Hch 20,28; cfr. 1 Pe 5,1-5).

Ahora bien, junto al sentido de misión es preciso el deseo –y el empeño que lo acompaña– por vivir una auténtica y honda vida espiritual. Dice el refrán que “nadie da lo que no tiene”, pero en el caso del acompañamiento se trata además de un auténtico riesgo, pues “si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo” (Mt 15,14) y “el que camina en tinieblas no sabe adónde va” (Jn 12,35). De hecho, el carácter *operativo*, no meramente *especulativo*,

¹⁷ GREGORIO DE NACIANZO, *Discursos* II, 16.1, en MERINO RODRÍGUEZ, M. (ed.), *Discursos I-XV*, Madrid: Ciudad Nueva, 2015.

del acompañamiento hace aún más urgente la necesidad de recorrer –de haber recorrido– el camino por el que se quiere acompañar a otra persona. En una hermosa imagen, Juan Clímaco apunta que el padre espiritual “no muestra el buen camino en un mapa; recorre el camino en compañía de su hijo, llevándolo sobre los hombros”¹⁸. Se entiende esto perfectamente si se tiene presente que la vida a la que se engendra y en la que se ayuda a crecer es don y obra del Espíritu Santo, y no una construcción humana. Difícilmente favorecerá el obrar del Paráclito quien vive de espaldas a él; o, expresado en positivo, para acompañar la vida espiritual de otra persona es preciso haber recibido el mismo Espíritu, y vivir en Él.

Dicho esto, conviene evitar el riesgo de construir un ideal que pueda ser en último término irrealizable, de modo que anule el deseo de encarnar esa dimensión del ministerio. En efecto, uno de los motivos que lleva a postergar, o incluso evitar, ciertas ocasiones de acompañamiento es el miedo. Ciertamente el acompañamiento es una forma de acercarse a lo sagrado, y como tal siempre genera un cierto –sano– temor. No obstante, desplegar la propia paternidad espiritual no quiere decir que todos los sacerdotes hayan de ser como el santo Cura de Ars, con un agudo don de discernimiento, o una especie de *staretz* Zósima, el famoso personaje de *Los hermanos Karamazov*, capaz de dar respuesta a todo tipo de cuestiones, perplejidades y sufrimientos. Ante ocurrencias de este tipo, quizá lo mejor sea aterrizar en la realidad de la vida. Pocas de las personas que han acudido a lo largo de los siglos al acompañamiento espiritual han encontrado a un Juan María Vianney o un *staretz* Zósima, y sin embargo han recibido la ayuda que necesitaban para caminar tras el Señor. Igualmente, muchos sacerdotes podrán acompañar en su vida cristiana a personas muy variadas –quizá especialmente a aquella “clase media de la santidad” de la que hablaba el papa Francisco– desde la vivencia común de su ministerio¹⁹.

A la vez, al pensar en encarnar la paternidad, es preciso tener en cuenta sus dinámicas propias. Por una parte, la que se da en el mismo sacerdote. José María Martínez Ortega plantea una posible descripción de esta dinámica al

¹⁸ JUAN CLÍMACO, *Carta al Pastor*, 93; en LARCHET, J. C., *Terapéutica*, 418.

¹⁹ Cfr. PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Gaudete et exsultate*, 19-III-2018, n. 7. Eso no es óbice para que existan figuras excelsas, que puedan abrir el camino del Espíritu a muchas personas y que sean capaces, en concreto, de acompañar a quienes son llamados a un camino de particular elección. En ese marco se entienden algunas de las enseñanzas de los antiguos Padres y la paternidad espiritual que se vive en ciertas formas de la vida monástica; cfr. LARCHET, J. C., *Terapéutica*, 413-436.

distinguir entre el *ser* objetivamente padre, que se recibe en la ordenación; el *hacerse* padre, que se realiza en el ejercicio del ministerio y en la vivencia de la caridad pastoral; y el *sentirse* subjetivamente padre, que tiene lugar con la vivencia de la filiación divina y la experiencia de la acción de Dios²⁰. Parte importante de esta dinámica tiene que ver con la realidad de la *comunión*: en cuanto se vive y se hace propia, y en cuanto se desarrolla la capacidad de cultivarla²¹. En todo caso, y más allá de esta propuesta concreta, lo cierto es que la paternidad espiritual del sacerdote es una realidad viva, que va creciendo y enraizando en su corazón a lo largo de la vida.

Por otra parte, conviene no perder de vista la dinámica propia de las conversaciones de dirección espiritual. En efecto, no todas tienen que ver con cuestiones complejas o con momentos decisivos. En un breve libro que constituye un buen resumen de algunas ideas sobre la paternidad espiritual, el dominico Pavel Syssoev distingue cuatro tipos de acompañamiento espiritual:

- la *confesión habitual*;
- el *consejo espiritual*, en que desemboca con naturalidad la confesión, cuando se acude al sacerdote antes de tomar una decisión particular, que resulta difícil;
- el *acompañamiento o dirección espiritual*, en el que la relación se prolonga en el tiempo y, a diferencia del consejo, “va más allá de dilucidar una situación particular o una decisión que tomar”²²;
- la *paternidad espiritual* (en sentido estricto), que se da cuando alguien reconoce que su descubrimiento de la paternidad de Dios tiene que ver con la presencia en su vida de una determinada persona, un “amigo de Dios que me ha hecho nacer a esta vida divina”²³.

Esta paternidad espiritual *strictu sensu* es un don que reconoce la persona que se considera *hija*, y es un tanto infrecuente. En los demás casos, es preci-

²⁰ Cfr. MARTÍNEZ ORTEGA, J. M., *Ser, hacerse y sentirse padre en el sacerdocio ministerial. De la filiación a la paternidad espiritual a través de la sponsalidad con la Iglesia en Cristo*, Roma: Edusc, 2024.

²¹ En el ámbito de la generación lo ha señalado P. Donati: “Es la relación interhumana la que engendra, porque los sujetos, lo quieran o no, en el bien o en el mal, son sujetos relacionales: comprender esta realidad es el nuevo horizonte”, DONATI, P., *Engendrar un hijo. ¿Qué hace humana la generatividad?*, Madrid: Didaskalos, 2021, 95. En cuanto a la “educación a la vida comunitaria” como aspecto del ejercicio de la paternidad del sacerdote, es hermoso lo que escribe CAMISASCA, M., *El desafío de la paternidad*, 115-116.

²² SYSSOEV, P., *La paternidad espiritual y sus perversiones*, 66-67.

²³ *Ibid.*, 74. Para el desarrollo de estas ideas, cfr. *ibid.*, 59-80.

so alegrarse de alcanzar el bien que Dios conceda a cada cual, colaborando con Él en el modo que le parezca más oportuno. A veces aconsejando, a veces consolando, a veces simplemente intercediendo, pues también eso constituye un hermoso don. Se trata de ofrecer en cada caso la posibilidad de un acompañamiento, siempre desde la conciencia de que es algo querido por Dios y, en definitiva, un don del mismo Dios. Eso ayuda a no confundirlo con otras formas de ayuda –como la psicoterapia o el *coaching*– y lo pone en el único marco en que puede darse de modo auténtico.

Finalmente, hay que señalar que, en no pocas ocasiones, la primera persona que debe moderar sus expectativas es la misma que acude al acompañamiento. Existe la tentación de delegar en otro la responsabilidad sobre la propia vida, y para quien recibe esa petición puede resultar muy atractiva. Por eso conviene mantener viva la conciencia de lo que el acompañamiento es: se trata de ayudar a caminar con Dios, no de tomar su lugar.

3.2. *Humildad y conciencia de la propia identidad*

Una de las causas de los abusos que se ha descrito es la “falta de definición en la relación de acompañamiento”²⁴. Para evitar en lo posible toda forma de ambigüedad y cualquier equívoco, es necesario que el sacerdote no pierda de vista quién es él en relación con la otra persona. Es padre y al mismo tiempo hermano, y esos son los rasgos que deberían caracterizar los modos de relacionarse; pero es padre y hermano de un modo especial, como *signo* de quien es verdaderamente el Padre y de aquél que se ha hecho Hermano –“primogénito entre muchos hermanos” (Rom 8,29)–. Quien está buscando aparcamiento, se alegra de encontrar una señal de parking, pero no se queda ahí, sino que avanza hasta dar con el lugar donde puede realmente dejar el coche. Por eso, conviene tener siempre presente que es a Cristo a quien busca quien acude al sacerdote, es Cristo quien actúa en su corazón y es por eso mismo a Cristo a quien es preciso llevarlo²⁵.

Vivir así la paternidad y el acompañamiento exige, por parte del sacerdote, una gran humildad. Afirma Dysmas de Lassus que la desviación típica de la di-

²⁴ Recogida en DE LASSUS, D., *Riesgos y derivas*, 281.

²⁵ Afirma R. H. Benson que el sacerdote es “una de esas vías por las que el hombre religioso puede desarrollar su relación con Jesucristo”, BENSON, R. H., *La amistad de Cristo*, Madrid: Encuentro, 1989, 71. A la vez, señala la necesidad de apoyarse, no ya en el sacerdote, sino en el sacerdocio, cfr. *ibid.*, 78 (en general, cfr. el cap. «Cristo en el sacerdote», 70-78).

rección espiritual es el poder²⁶, y por eso muchas desviaciones de la paternidad y el acompañamiento espiritual tienen que ver con una pretendida *superioridad* de quien acompaña sobre el acompañado. Ese es uno de los riesgos del mismo uso del término “padre”. De ahí la importancia de vivir la cercanía a Dios, de vivir en oración, y de hacerlo precisamente como hijos suyos, e hijos necesitados²⁷.

En este contexto, la humildad se manifiesta de distintos modos. En primer lugar, en relación con el riesgo de la superioridad, resulta interesante considerar que el mismo Dios, que se ha revelado como Padre, se ha dado a conocer también como Amigo. En la Iglesia, la paternidad espiritual y el acompañamiento se dan en el marco más amplio de la comunión. Entre otros sentidos, la comunión tiene el de aquellos que están unidos por una común misión (*co-munus*). Así, quien acompaña a otra persona es consciente de no ser *más* que ella; de hecho, en muchos casos es, en cierto sentido, menos –basta pensar en grandes santos y santas que han tenido un confesor o un director espiritual–²⁸. Su relación no se describe solo en términos de paternidad, sino también de amistad; son, como apunta Aristóteles recogiendo una expresión homérica, “dos marchando juntos”²⁹. En otras palabras, junto a una cierta verticalidad, se da entre acompañante y acompañado una fundamental horizontalidad. Ronald Knox lo expresaba en términos cargados de humor, al señalar que el sacerdote no es propiamente el pastor de las ovejas –el Pastor es Cristo–, sino más bien el perro del pastor³⁰.

En segundo lugar, la humildad del sacerdote se manifiesta en la conciencia de estar viviendo una relación que es *signo* de otra, que es la que está lla-

²⁶ Cfr. DE LASSUS, D., *Riesgos y derivas*, 181.

²⁷ Sobre este aspecto abunda PHILIPPE, J., *La paternidad espiritual del sacerdote. Un tesoro en vasos de barro*, Madrid: Rialp, 2021, 73-78. También A. Cencini afirma: “Se siente padre quien antes y al mismo tiempo se siente hijo, hijo de Dios, sobre todo, generado por su amor, aquel amor que existe desde siempre y fuera del tiempo, es eterno, y te hace hijo para siempre”, CENCINI, A., «Paternità presbiterale per generare figli a Dio: approccio psico-pedagogico», *Tredimensioni* 18 (2021) 237.

²⁸ Por lo demás, se trata de un fenómeno muy humano: también los grandes deportistas, por ejemplo, cuentan con un entrenador, que seguramente no ha sido tan grande como ellos.

²⁹ ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, VIII.1, 1155a 15.

³⁰ Cfr. KNOX, R., *El Credo a cámara lenta*, 3ª ed., Madrid: Palabra, 1991, 77-78 (cap. VII: «Nuestro Señor»). Syssoev apunta a la amistad como un modo de evitar las derivas que llevan al abuso, pues “no cabe dominio, seducción o concupiscencia en la amistad. (...) Allí donde permanece, actúa la obra de Dios. Allí donde se vuelve imposible, hay que temer las patologías de la paternidad espiritual”, SYSSOEV, P., *La paternidad espiritual*, 142. De este modo, al convertirla en una relación de amistad, en la relación de acompañamiento se contrapesa el riesgo que nace de la asimetría que es propia de la relación entre padre e hijo.

mado a facilitar. Como san Josemaría Escrivá solía recordar a sus hijos sacerdotes: “No sois ni el modelo ni el moldeador. El modelo es Jesucristo; el moldeador, el Espíritu Santo, por medio de la gracia”³¹. Eso ha de expresarse después en detalles concretos, que permitan que la relación personal con Dios tenga prioridad sobre las sugerencias que se dan en las conversaciones de acompañamiento. Es interesante el intercambio epistolar entre Albert Peyri-guère y una religiosa francesa, que le pidió que fuera su director espiritual. Peyri-guère había seguido los pasos de Charles de Foucauld y vivía en una aldea en el norte de África, de modo que la relación epistolar no era del todo fluida. El sacerdote veía en eso una ventaja:

Sí, está bien que la dirección humana que recibe de su padre no sea demasiado asidua, que se atenga a darle los grandes puntos de referencia... y, después, guiada por el gran director que es el Maestro, encuentre usted misma su camino... aunque sea en medio de tanteos y dudas. Me gusta que las almas que dirijo se dirijan ellas mismas un poco o, mejor, que ellas esperen su dirección del buen Dios ante todo. Una dirección demasiado minuciosa, demasiado puntillosa, que dé trabajo al alma, no es nada bueno, ni para el director ni para la dirigida³².

En tercer lugar, la humildad de la que venimos hablando tiene que ver con la conciencia de que, en la misma realidad de que la paternidad de Dios pueda ser participada, está ya la limitación propia de que, como apunta Syssoev, “quien dice participación dice imperfección, multiplicidad y complementariedad”³³. Nadie puede agotar la paternidad, de modo que nadie debería ver el suyo como un acompañamiento o un consejo definitivo, acabado, inmejorable, perfecto. Toda participación es *parcial*. Tener conciencia de eso lleva a vivir el acompañamiento sin pretensión de infalibilidad, de exclusividad o de ser obedecido literalmente, siempre y en todo.

A esto se añade, en fin, la conciencia de la posible ambigüedad –del posible desvío– de toda relación humana y la conciencia de la propia debilidad. De ahí nace la actitud de humildad de quienes saben, como san Pablo, que “llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros” (2 Cor 4,7). Esta actitud

³¹ ESCRIVÁ, J., «Carta 8-VIII-1956», n. 37, en BURKHART, E. y LÓPEZ, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. 2, Madrid: Rialp, 2011, 491.

³² PEYRIGUÈRE, A., *Dejad que Cristo os guíe*, Madrid: Cristiandad, 2017, 58.

³³ SYSSOEV, P., *La paternidad espiritual*, 45.

se manifiesta, entre otras cosas, en que el propio acompañante busque por su parte ser acompañado: acompañado en su propia vida espiritual y acompañado también en su labor de acompañante. Es muy sano desconfiar un tanto de uno mismo y buscar consejo –lógicamente preservando en todo caso la debida discreción–, de modo especial cuando se trata de casos más complejos. Fruto de la humildad puede ser también el empeño por cultivar la vivencia de la amistad y la fraternidad sacerdotal, en las que los presbíteros pueden encontrar el afecto que –también ellos– necesitan. En este punto, como en muchos otros aspectos de la humildad que se han tratado aquí, sigue siendo vigente el retrato que describió Leo J. Trese en su conocido libro *Vasija de barro*³⁴.

3.3. *Una formación en la Tradición de la Iglesia*

Tanto si se parte de las investigaciones recientes sobre los abusos como si se acude a la sabiduría de los Padres, se constata la necesidad de un profundo conocimiento de la realidad humana y de la fe cristiana. Por una parte, se requiere una preparación en el plano de la antropología cristiana, para evitar el riesgo de una espiritualidad que no tenga en cuenta la realidad en la que la acción de Dios ha querido encarnarse. No se trata de un estudio abstracto de cuestiones especulativas, sino de un conocimiento del ser humano, y del pensamiento cristiano sobre él, que permita comprender el modo en que es posible preparar y acompañar la obra de la gracia. En sentido contrario, “el rechazo a considerar las condiciones humanas de la vida puede tener, a largo plazo, graves consecuencias sobre el equilibrio humano y espiritual de la persona”³⁵.

Por otra parte, es necesaria una formación en la Tradición de la Iglesia: conocer la doctrina de la fe, la moral y la espiritualidad. De ese modo es más fácil que las personas encuentren en el sacerdote un acompañamiento *eclesial* y *cristiano*, que aprovecha los tesoros que han recibido y evita el riesgo de caer en cualquier forma de personalismo. En efecto, este último puede resultar muy conveniente para convertirse en un *gurú*, en un *influencer* o en un *coach* de éxito, pues en esos ámbitos es importante ofrecer algo distintivo a los oyentes-clientes; en cambio, está fuera de lugar cuando se trata de acompañar la acción en las almas del Dios de Jesucristo. En este sentido afirma Juan Clímaco que, en el acompañamiento, es indispensable “tener ‘sanas doctrinas’, es decir, ser

³⁴ Cfr. TRESE, L. J., *Vasija de barro*, 9ª ed., Madrid: Palabra, 2009.

³⁵ DE LASSUS, D., *Riesgos y derivas*, 200; sobre esta cuestión, cfr. *ibid.*, 195-206.

completamente ortodoxo” y “ser fiel a la enseñanza de los antiguos Padres”³⁶. Es necesaria, en otras palabras, una “referencia a la objetividad de la Iglesia y de Cristo”³⁷. También en esto se manifiesta la conciencia de haber recibido la misión de transmitir lo que a su vez se ha recibido, tan propia de la vocación apostólica (cfr. 1 Cor 11,23; 15,3).

3.4. *Un corazón a la medida del corazón de Cristo*

Al tratar del sacramento del Orden, el *Catecismo de la Iglesia Católica* recoge una conocida frase del santo Cura de Ars: “El sacerdocio es el amor del corazón de Jesús”³⁸. Por eso, junto a la formación que se acaba de indicar, y volviendo sobre la primera de las condiciones que se ha indicado más arriba, el acompañamiento espiritual requiere una transformación profunda del corazón del mismo sacerdote. A quien vive una forma de paternidad espiritual se le aplican con particular razón las palabras de san Pablo: “Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús” (Flp 2,5), y eso no es algo que dependa simplemente de un propósito personal o de un método ascético. Alcanzar esa identificación es un don del mismo Dios, pues es obra del Espíritu Santo (cfr. 2 Cor 3,18).

A la vez, es posible dirigir nuestros esfuerzos en esa dirección. En primer lugar, contemplando el Corazón de Jesús con el deseo de aprender de Él. En uno de los últimos capítulos del libro que ha dedicado a *La paternidad espiritual del sacerdote*, Jacques Philippe se pregunta “¿Cómo devenir padre?”³⁹. Tras unas consideraciones generales, se detiene en la necesidad de una conversión del corazón, y la describe en buena medida siguiendo las siete Bienaventuranzas que recoge el evangelio de Mateo. En efecto, como señala el *Catecismo*, “las bienaventuranzas dibujan el rostro de Cristo y describen su caridad”, y al mismo tiempo “iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana”⁴⁰.

De entre los sentimientos del corazón de Jesús se recogen a continuación tres, que constituyen también tres virtudes relacionales de gran importancia para encarnar una paternidad espiritual.

³⁶ JUAN CLÍMACO, *Carta al pastor*, 97; cfr. LARCHET, J. C., *Terapéutica*, 421.

³⁷ CAMISASCA, M., “La paternidad cristiana”, 246.

³⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1589.

³⁹ Cfr. PHILIPPE, J., *La paternidad espiritual del sacerdote*, 73-124.

⁴⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1717.

a) *Compasión-comprensión*

El sentimiento que aparece en más ocasiones en los Sinópticos referido a Cristo es la compasión (*σπλαγχνίζομαι*; Vg: *misereri*)⁴¹. Ese es el sentimiento de Jesús ante el leproso que se acerca a él (Mc 1,41), ante los ciegos que piden su curación (Mt 20,34), ante la viuda de Naín que lleva a su hijo a enterrar (Lc 7,13), o ante las turbas que están sedientas de orientación, “como ovejas que no tienen pastor” (Mc 6,34). En ocasiones, la compasión le lleva a tocar el dolor y obrar un signo; en otras, es el motivo del envío de los discípulos (Mt 9,36–10,1). Además, la compasión aparece en parábolas que hablan del perdón de Dios y de su amor por el hombre, como la de la deuda perdonada, la del buen samaritano o la del hijo pródigo (Mt 18,27; Lc 10,33; 15,20). La compasión es, así, la precisa manifestación de la Misericordia de Dios en la humanidad de Cristo. Ahora bien, como explica la *Carta a los Hebreos*, la compasión de Jesús no es la propia de quien comparte los pecados, sino la de quien, siendo totalmente ajeno a ellos, se ha acercado a quien sufre por causa de ellos, para levantarlo de su postración y ofrecerle la curación, la vida eterna (cfr. Hb 4,14–5,10)⁴².

En cuanto al sacerdote, la compasión a la que está llamado no puede reducirse a la cercanía o a la empatía –mucho menos la complicidad– de quien es igualmente pecador. Para ser una compasión como la de Jesucristo, el sacerdote debe vivirla desde la unión con Él. A imagen de Cristo, como señalaba san Juan de Ávila al hilo de un texto de san Juan Crisóstomo, se le pide que tenga “tan vivo sentido y entrañas tan encendidas de caridad, que sienta los males del mundo como si fuese padre de todo el mundo”⁴³. Igualmente, el sacerdote procurará acercarse al otro, quienquiera que sea, *padecer-con* él, unirse a él –a su miseria, a su dolor, a sus dificultades y heridas–, no solo para mostrar una cierta solidaridad, sino fundamentalmente para levantarlo de su situación ofreciéndole la salvación que Cristo ha traído. Desde esta comprensión de la compasión es posible recobrar otras de sus dimensiones, como la cercanía, la empatía y la compasión como forma de conocimiento.

⁴¹ Cfr. ANSELMO, V., «Las emociones y los afectos de Jesús», *La Civiltà Cattolica*, 15-IV-2022, disponible online en <https://www.laciviltacattolica.es/2022/04/15/las-emociones-y-los-afectos-de-jesus/>, consultado el 7-IX-2024.

⁴² Debo estas consideraciones sobre la *Carta a los Hebreos* al prof. C. Granados.

⁴³ SAN JUAN DE ÁVILA, *Segunda plática para clérigos*, en *Obras completas del santo maestro Juan de Ávila*, Madrid: BAC, 1970, 382.

En primer lugar, la compasión es una forma de *comprensión*, en cuanto lo que se quiere entender mejor es a una persona. Se trata de comprender al otro desde la comunión con él, viviendo lo que él vive como si fuera propio. De ahí la necesidad de cultivar actitudes como la indulgencia o la dulzura⁴⁴. Se llega así a una forma de *resonancia*: lo que esa persona cuenta al sacerdote, le interesa y le afecta. Lógicamente esto vale por igual para las penas y para las alegrías: quien acompaña espiritualmente a una persona se alegra con sus alegrías y se entristece con sus penas. Es lo que reconocía san Pablo al hablar de “la carga de cada día: la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma sin que yo enferme? ¿Quién tropieza sin que yo me encienda?” (2 Cor 11,28-29).

Ahora bien, la compasión requiere, antes de nada, *cercanía*. Parece una perogrullada señalarla como condición de la compasión; sin embargo, aun siendo evidente su necesidad, no puede darse por descontada. Al contrario, es preciso fomentar una actitud cercana y afirmativa, que se manifiesta en el interés por todas las personas y por cada persona. No un interés general y abstracto, sino concreto y encarnado, hasta conocer —es el ejemplo que puso a menudo el papa Francisco— el nombre del perro de los feligreses⁴⁵. Esta actitud requiere del sacerdote la disposición a dejarse herir y a dejar que se le comunique la vida, como se aprecia en la parábola del buen samaritano y han vivido tantas figuras a lo largo de la historia de la Iglesia⁴⁶.

En fin, la cercanía, que se expresa en una honda compasión y resonancia, hace posible el conocimiento de la persona, y abre también la posibilidad de una conversación verdaderamente espiritual en la que, como reza el lema del cardenal Newman, el corazón hable al corazón (*cor ad cor loquitur*). Además, la compasión desemboca con naturalidad en la intercesión. El papa

⁴⁴ Cfr. ISAAC DE NÍNIVE, *Discursos ascéticos*, n. 58: “El comienzo de la sabiduría de Dios es la indulgencia y la dulzura, que es lo propio de un alma grande, que carga con las enfermedades de otros”, en LARCHET, J. C., *Terapéutica*, 427.

⁴⁵ Cfr., por ejemplo, en varios discursos y homilías: el Encuentro con el clero, consagrados y miembros de consejos pastorales en Asís (4-X-2013); el Encuentro con los estudiantes de colegios pontificios y residencias sacerdotales de Roma (12-V-2014); el Encuentro con Seminaristas de Lombardía (13-X-2018); la Homilía de la *Misa in Coena Domini* (9-IV-2020) o la Homilía en el Consistorio (27-VIII-2022). Utilizó también ese ejemplo en un largo discurso pronunciado en la apertura del Simposio *Para una teología fundamental del sacerdocio*, en el que Francisco trató de cuatro cercanías que constituyen “las actitudes que dan solidez a la persona del sacerdote, (...) las cuatro columnas constitutivas de nuestra vida sacerdotal”: cercanía a Dios, cercanía al obispo, cercanía entre los sacerdotes y cercanía al pueblo (Discurso, 17-II-2022).

⁴⁶ Por ejemplo la historia del abba Agatón y el leproso, en MORTARI, L. (a cura di), *Vita e detti dei Padri del deserto*, Roma: Città Nuova, 1997, Agatone n. 30, 119-120.

Francisco recordó que “los grandes hombres y mujeres de Dios fueron grandes intercesores”⁴⁷, y puso como ejemplo precisamente la oración del apóstol de las gentes, llena de las personas que se acercaban a él: “Siempre que rezo por vosotros, lo hago con gran alegría. (...) Os llevo en el corazón, porque tanto en la prisión como en mi defensa y prueba del Evangelio, todos compartís mi gracia” (Flp 1,4.7).

b) *Paciencia*

La paciencia es una de las características más propias del Dios de la revelación judeocristiana. Romano Guardini lo señaló en distintas ocasiones, comparándolo, en claro contraste, con la figura de Shiva⁴⁸. Se podría decir que la paciencia es hermana de la compasión (cfr. Col 3,12-13), y por eso la historia de la Salvación es una gran muestra, tanto de la misericordia como de la paciencia de Dios.

Jesucristo es igualmente paciente (basta pensar en su relación con los Doce, en sus respuestas a los Zebedeos, en la presunción de Pedro), y ha descrito el Reino de los Cielos con imágenes que invitan a esa misma actitud: un sembrador que siembra a voleo (Mc 4,1-20); trigo y cizaña que crecen a la par (Mt 13,24-30); un grano de mostaza que empieza siendo “la más pequeña de las semillas” (Mt 13,32); un campesino que siembra y espera (Mc 4,21-29)... La imagen agrícola es elocuente: una planta no crece más rápido por mucho que tiremos de ella.

La paciencia se expresa de distintos modos. Hay una paciencia en el *escuchar*⁴⁹; una paciencia en el *convivir*, particularmente necesaria a la hora de crear ambientes donde la gente se sienta acogida y en casa, de modo que pueda te-

⁴⁷ PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii Gaudium*, 24-XI-2013, n. 283; cfr. nn. 281-283.

⁴⁸ Cfr. GUARDINI, R., *Meditaciones teológicas*, Madrid: Guadarrama, 1965, 653: “Un mito indio cuenta de Shiva, el formador del Universo, que creó el mundo en una tormenta de entusiasmo, pero luego se hartó de él, lo pisoteó despedazándolo y produjo uno nuevo. Con éste pasó lo mismo, y la producción y destrucción prosiguen interminablemente. ¡Qué elocuente resulta la imagen de numen de la impaciencia! Nos hace darnos cuenta de qué diferente es la relación del verdadero Dios con el mundo”.

⁴⁹ Cfr. PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Santa Misa con obispos, sacerdotes, religiosos y seminaristas*, 27-VII-2013: “Ayudemos a los jóvenes. Pongámosle la oreja para escuchar sus ilusiones. Necesitan ser escuchados. Para escuchar sus logros, para escuchar sus dificultades, hay que estar sentados, escuchando quizás el mismo libreto, pero con música diferente, con identidades diferentes. ¡La paciencia de escuchar! Eso se lo pido de todo corazón. En el confesionario, en la dirección espiritual, en el acompañamiento. Sepamos perder el tiempo con ellos”.

ner experiencia de comunión⁵⁰; y una paciencia en el *acompañar*, sin esperar conversiones repentinas o cambios súbitos. En relación con esto último conviene tener presente que, lo que para uno resulta muy claro, puede no serlo para otro. Incluso cuando alguien ha comprendido que debe dar un paso en tal dirección, puede necesitar tiempo para hacerlo. Los seres vivos tienen sus tiempos, que es preciso conocer y acompañar. Eso requiere a la vez paciencia y discreción, para distinguir entre el ritmo de crecimiento y un retraso culpable.

c) *Magnanimidad (o castidad o desprendimiento)*

Esta tercera virtud tiene que ver a la vez con la pobreza y la castidad y, en definitiva, con la capacidad de amar verdaderamente⁵¹. Amar al otro en el sentido de *afirmarle*: de gozarse con *su* desarrollo, con *su* crecimiento, y no con el modo en que ofrece una satisfacción o se amolda a las propias ideas y deseos⁵². En eso consiste la mirada casta, que percibe a la persona no como objeto de posesión, sino como realidad buena, que merece existir y crecer hasta florecer en plenitud. La castidad nos hace capaces de salir de una vida determinada por la necesidad y el deseo de satisfacción, y entrar en otra que está caracterizada por la libertad y gira en torno al reconocimiento, al encuentro y al don⁵³. De ese modo, nos permite distinguir entre el deseo de *encontrarnos* con alguien y el deseo de *poseerlo*. En palabras de E. Varden:

El principio de una vida casta en el mundo es verlo tal cual es, con reverencia, deseando encontrar lo que veo, pero liberado de la necesidad

⁵⁰ Cfr. PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Christus vivit*, 25-III-2019, nn. 216-220. Más adelante, en el n. 236, afirma que la pastoral juvenil “es un proceso lento, respetuoso, paciente, esperanzado, incansable, compasivo”.

⁵¹ Cfr. PAPA FRANCISCO, *Patris corde*, § 7: “La castidad está en ser libres del afán de poseer en todos los ámbitos de la vida. Sólo cuando un amor es casto es un verdadero amor”.

⁵² Sobre el amor como afirmación, es conocida la definición que da PIEPER, J., *Las Virtudes fundamentales*, 10ª ed., Madrid: Rialp, 2012, 435-444. Está inspirada en el tratado que hace Aristóteles sobre la amistad: “Se define, en efecto, al amigo como el que quiere y hace el bien, o lo que a él se lo parece, por causa del otro, o como el que quiere que su amigo exista y viva por amor del amigo mismo”, ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, IX,4, 1166a 2-5. Un desarrollo de esta idea, en la relación entre Dios y la persona humana, en BUCH, L., *Tiempo de esperanza. Horizontes que se abren ante una crisis actual*, Madrid: Digital Reasons, 2021, 44-50.

⁵³ Resulta significativa, en este sentido, la propuesta de Duns Escoto, que llama “*libertas ingenita*” a aquello que hace a la criatura capaz de amar algo por sí mismo, y no por su relación con la propia satisfacción. Cfr. el comentario de Ord II, d.6 en BUCH, L., «Relacionalidad y trascendencia de la libertad en el pensamiento de Duns Escoto», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 40/3 (2023) 456-460.

de poseerlo. Ver así es una gracia. La gracia supone esfuerzo. Debo despojarme de hábitos que son un lastre, que oscurecen mi naturaleza, creada como luz para ser luz. Ver de verdad es ser transformado por lo que veo. Es importante recordar esto en un ambiente que me induce a pensar que la realidad debe adaptarse a mí, no yo a ella⁵⁴.

La misma naturaleza del acompañamiento espiritual exige ya este desprendimiento. Como hemos señalado antes, su meta consiste en que una persona llegue a ser aquella *que Dios le llama a ser*. De ahí que no valga imponerle un camino determinado. Es posible distinguir aquí varios aspectos. Existe un primer desprendimiento que afecta a *las propias ideas*: no se trata de aplicar una visión previa, sino de acompañar las luces que provienen de Dios. Según escribió san Josemaría Escrivá:

No se pueden ofrecer fórmulas prefabricadas, ni métodos o reglamentos rígidos, para acercar las almas a Cristo. El encuentro de Dios con cada hombre es inefable e irrepetible, y nosotros debemos colaborar con el Señor para hallar –en cada caso– la palabra y el modo oportunos, siendo dóciles y no intentando poner raíles a la acción siempre original del Espíritu Santo⁵⁵.

Conviene, en cambio, fomentar la iniciativa y procurar en lo posible que cada persona vaya adquiriendo una formación que le permita tomar con sobrenatural prudencia las propias decisiones. De nuevo, resultan ilustrativas las palabras de A. Peyriguère:

La dirección, para mí, no consiste en ponerme entre las almas y Dios, aunque sea para mostrarles el camino hacia Dios. El director camina detrás de las almas que no tienen más que a Dios delante de ellas: él camina detrás de ellas para darles impulso, para preservarlas del abismo que está a la derecha del camino o del abismo que está a la izquierda. El director no debe sacrificar la iniciativa de las almas, debe, por el contrario, estimularla, desarrollarla hasta que ellas no tengan ya necesidad de él⁵⁶.

⁵⁴ VARDEN, E., *Castidad*, 134.

⁵⁵ ESCRIVÁ, J., «Carta 6-V-1945», n. 42, recogido en ESPA, F., *Cuenta conmigo, el acompañamiento espiritual*, Madrid: Palabra, 2017, 43-44.

⁵⁶ PEYRIGUÈRE, A., *Dejad que Cristo os guíe*, 25.

Otro aspecto del desprendimiento tiene que ver, de modo más inmediato, con *la misma persona acompañada*. Es preciso evitar toda aspiración a poseerla o dominarla y, en cambio, cultivar un amor al otro en su otredad y en sus relaciones. De este modo, el sacerdote vive una paternidad “que rehúsa la tentación de vivir la vida de los hijos”⁵⁷, pues ese es el único modo de que el hijo desarrolle aquel misterio inédito al que ha sido llamado. El libro de D. de Lassus que se ha citado más arriba recoge el testimonio de una persona, víctima de abusos, que tuvo, tiempo después, una nueva experiencia de acompañamiento espiritual. Fue transparente, como lo había sido en la anterior, pero en este caso, afirma:

Lo viví muy bien por tres razones:

1. Mi libertad era total en todo momento. Podía no decir nada, si no lo quería. Decía solo lo que quería sin nunca hacerme violencia. En cuanto a lo que quería decir, incluso si podía ser algo importante, no me forzaba.
2. La persona que recibía mis confidencias no tenía ninguna autoridad sobre mí.
3. La persona que recibía mis confidencias tenía una gran discreción y delicadeza, sabiduría y prudencia, desprovista de todo deseo de poder y control⁵⁸.

Estas líneas reflejan la profunda diferencia que existe entre la experiencia de un *padre* y la de un *amo*. La época contemporánea ha tomado distancia de la segunda, pero no ha sabido distinguirla suficientemente de la primera. Sin embargo, es posible marcar esa distinción y dejar de lado algunos extremos: “El mundo necesita padres, rechaza a los amos, es decir: rechaza a los que quieren usar la posesión del otro para llenar su propio vacío; rehúsa a los que confunden autoridad con autoritarismo, servicio con servilismo, confrontación con opresión, caridad con asistencialismo, fuerza con destrucción”⁵⁹. Cuando se trata de un verdadero padre, el amor desprendido, hondamente afirmativo del hijo, manifiesta en último término una real magnanimidad: la grandeza de alma de acompañar el crecimiento del otro, sin ganar nada más, sin tener ninguna otra satisfacción, que contemplar su florecimiento. En eso consiste, en

⁵⁷ PAPA FRANCISCO, *Patris corde*, § 7.

⁵⁸ DE LASSUS, D., *Riesgos y derivas*, 229.

⁵⁹ PAPA FRANCISCO, *Patris corde*, § 7.

buena medida, la gratuidad propia de la paternidad, que se ha señalado al comienzo.

En términos narrativos, el desprendimiento propio de un padre aparece muy bien descrito en la novela *Lo que el infierno no es*. Esta tiene como uno de sus protagonistas al beato Pino Puglisi, un sacerdote que vivió en un barrio de Palermo dominado por la mafia. El libro describe cómo el párroco se empeña en ofrecer a los chicos del barrio espacios donde jugar, donde ayudarse unos a otros, donde experimentar el perdón y descubrir que son amados incondicionalmente. En un lugar regido por una lógica de poder, eso constituye un gesto revolucionario y desafiante. La paternidad de don Pino brilla en muchas escenas de la novela. Una de ellas describe el momento en que enseña a un muchacho a ir en bicicleta:

Francesco se acomoda en el sillín, demasiado alto para él. Los pies no le llegan al suelo.

Don Pino lo sujeta por detrás y, como todos los padres, le ayuda a dar vueltas, soltándolo solo durante breves intervalos.

Francesco aprende rápidamente y, como todos los niños, se cae y se araña las rodillas y los codos. Las heridas que uno se hace la primera vez que monta en bicicleta se recuerdan siempre.

Al final, consigue ir él solo, y desaparece.

Don Pino se queda mirando la calle desierta.

—Son hijos. Antes o después, se tienen que ir⁶⁰.

En ver volar a los hijos, con sus propias alas y en su propio viaje, se encuentra la más honda alegría de un padre.

* * *

Hemos repasado en esta última sección algunos rasgos propios de quien quiere vivir una auténtica paternidad espiritual. Junto a la cercanía con Dios, que la hace posible, se ha señalado la necesidad de una formación que alcance a la inteligencia y al corazón. En realidad, estas tres dimensiones deben ir unidas: al comprometer a la entera persona, la preparación para el acompañamiento no puede ser exclusivamente intelectual; al tocar la verdad de la persona y de su relación con Dios, no puede quedar en una sensibilidad o una

⁶⁰ D'AVENIA, A., *Lo que el infierno no es*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2018, 227.

forma de empatía; al hacer presente y conducir a una paternidad trascendente, no se logra solo mediante una preparación enteramente programable, sino que exige por su misma naturaleza la acción del Espíritu Santo, que se da en la comunión con Dios.

4. UN APUNTE FINAL

Llegamos al término de estas reflexiones. Se han considerado algunas condiciones en las que es posible, aún hoy, vivir la realidad de una paternidad espiritual y un acompañamiento que se encuentran entre los tesoros que la Iglesia ha recibido de su más antigua Tradición. Sin embargo, no es posible obviar un aspecto elemental de esta realidad, y es que se trata en último término de un don. En este apunte final, quisiera anotar brevemente algunas ideas relacionadas con esta característica.

En primer lugar, la paternidad no se aprende de modo teórico, ni tampoco se alcanza en solitario. Se recibe y se aprende, ordinariamente de un padre. Vale eso para la paternidad en la familia, e igualmente para la paternidad espiritual. Ahora bien, al menos en occidente, se constata una dolorosa carencia en ese sentido⁶¹. A nadie se le escapa que la paternidad ha sido víctima de un ataque continuado, en el plano de las ideas y en el de la opinión pública, desde inicios del siglo XX, y hay quien dice que el desprecio a la figura del padre –y a la propia filiación– es uno de los rasgos distintivos de la Modernidad⁶². En el seno de la Iglesia, la experiencia de tener un padre espiritual no ha sido común en las últimas décadas, y el hecho de que algunos de los más importantes casos de abusos hayan tocado a figuras que pretendían serlo ha erosionado ulteriormente esa realidad. ¿Resulta inevitable caer en la resignación o incluso en el cinismo? ¿O es posible aspirar a un nuevo comienzo?

Tal vez la situación actual sea análoga a la de los personajes de la novela *Nuestros ayeres*, de Natalia Ginzburg. Han conocido el dolor muy de cerca. Han tocado la humana fragilidad. Han perdido a sus mayores. Al mismo tiempo, les queda la amistad y la memoria de quienes han dado la vida para que ellos vivan. Desde esa doble comunión podrán mirar con esperanza –entre ri-

⁶¹ J. Philippe recoge algunas consecuencias de esa carencia, cfr. PHILIPPE, J., *La paternidad espiritual del sacerdote*, 21-33.

⁶² Cfr. CAMISASCA, M., *El desafío de la paternidad*, 103-106; ASSIRIO, J., *Paternidad y Filiación según Leonardo Polo*, Madrid: Síndéresis, 2021, 241-255.

sas— a “la larga vida difícil que se abría ahora ante ellos y que estaba llena de todas las cosas que no sabían hacer”⁶³. Como los personajes de Ginzburg, es posible mirar al futuro con esperanza si se mantiene la comunión. Comunión entre aquellos que comparten la llamada al sacerdocio, en una fraternidad real que encarna un aspecto de la comunión de la Iglesia. Y, por otra parte, comunión con aquellos sacerdotes santos que han vivido a lo largo de los siglos. Una comunión hecha de memoria y de gracia.

Incluso quien ha carecido de un padre espiritual puede aprender la paternidad —y vivirla también en cierto modo— en figuras que la han encarnado de modo especial, a lo largo de los siglos. Es lo que propone el libro de Fulgencio Espá sobre el acompañamiento espiritual. En el capítulo que dedica a las características de quien acompaña espiritualmente a otra persona, se fija en las enseñanzas y la figura de cuatro santos: san Agustín, san Felipe Neri, san Juan Bosco y san Josemaría Escrivá⁶⁴. Otros ejemplos muy hermosos se encuentran en el monacato oriental, donde esa paternidad se vive de modo particularmente intenso. Existe la costumbre de escribir la semblanza del propio padre espiritual. En castellano se han publicado recientemente dos libros de este tipo, uno sobre el *staretz* Isidor, y otro sobre Silouan el Athonita⁶⁵.

En algunos casos, además de estos ejemplos históricos, se habrá podido compartir también la vida de personas —quizá de vida escondida— que han hecho que llegara hasta nosotros aquel tesoro de vida que alcanza la época apostólica. Se trata de un don que posee una característica peculiar, pues lleva en sí mismo una fuerza que empuja a asumirlo, a abrazarlo personalmente para “transmitir lo que hemos recibido” (cfr. 1 Cor 11,23; 15,3), inaugurando una *pro-existencia* que caracteriza la vida entera y puede dar lugar a una hermosa fecundidad. Así se manifiesta el modo en que Dios ha querido hacer presente su amor, paterno y materno, en el mundo y en la historia.

⁶³ Cfr. GINZBURG, N., *Tutti i nostri ieri*, en *Opere*, vol. I, 2ª ed., Milano: Arnoldo Mondadori, 1995, 574.

⁶⁴ Cfr. ESPA, F., *Cuenta conmigo*, 35-45.

⁶⁵ Cfr. FLORENSKIJ, P., *La sal de la tierra*, Salamanca: Sígueme, 2005, y ARCHIMANDRITA SOFRONIO, *Vida y enseñanza de san Silouan el Athonita*, Salamanca: Sígueme, 2014.

Bibliografía

- AGUSTÍN DE HIPONA, *La Ciudad de Dios*, en *Obras Completas de san Agustín*, vol. 16, 6ª ed., Madrid: BAC, 2019; y vol. XVII, 6ª ed., Madrid: BAC, 2019.
- ANSELMO, V., «Las emociones y los afectos de Jesús», *La civiltà cattolica*, 15-IV-2022, disponible online en www.laciviltacattolica.es, consultado el 7-IX-2024.
- ARCHIMANDRITA SOFRONIO, *Vida y enseñanza de san Silouan el Athonita*, Salamanca: Sígueme, 2014.
- ARISTÓTELES, *Ética a Nicómaco*, 7ª ed., Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1999.
- ASSIRIO, J., *Paternidad y Filiación según Leonardo Polo*, Madrid: Sindéresis, 2021.
- BENSON, R. H., *La amistad de Cristo*, Madrid: Encuentro, 1989.
- BUCH, L., *Tiempo de esperanza. Horizontes que se abren ante una crisis actual*, Madrid: Digital Reasons, 2021.
- BUCH, L., «Relacionalidad y trascendencia de la libertad en el pensamiento de Duns Escoto», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía* 40/3 (2023) 451-467.
- BURKHART, E. y LÓPEZ, J., *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría. Estudio de teología espiritual*, vol. 2, Madrid: Rialp, 2011.
- CAMISASCA, M., *El desafío de la paternidad. Reflexiones sobre el sacerdocio*, Madrid: Encuentro, 2005.
- CAMISASCA, M., «La paternidad cristiana, fruto maduro de una vida casta», en INSA, F. J. (coord.), *Amar y enseñar a amar. La formación de la afectividad en los candidatos al sacerdocio*, Madrid: Palabra, 2019, 235-250.
- CAPÓ, D. y GRANADOS, C., *Florecer*, Madrid: Didaskalos, 2023.
- Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid: Asociación de Editores del Catecismo, 1999.
- CENCINI, A., «Paternità presbiterale per generare figli a Dio: approccio psicopedagogico», *Tredimensioni* 18 (2021) 236-252.
- D'AVENIA, A., *Lo que el infierno no es*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2018.
- DE LASSUS, D., *Riesgos y derivas de la vida religiosa*, Madrid: BAC, 2022.
- DONATI, P., *Engendrar un hijo. ¿Qué hace humana la generatividad?*, Madrid: Didaskalos, 2021.
- ESPA, F., *Cuenta conmigo, el acompañamiento espiritual*, Madrid: Palabra, 2017.
- FLORENSKIJ, P., *La sal de la tierra*, Salamanca: Sígueme, 2005.
- GINZBURG, N., *Tutti i nostri ieri en Opere*, vol. 1, 2ª ed., Milano: Arnoldo Mondadori, 1995, 263-574.

- GREGORIO DE NACIANZO, *Discursos I-XV*, Madrid: Ciudad Nueva, 2015.
- GRIFFIN, C. H., «The Anthropological Witness of Celibacy», *Scripta Theologica* 50/1 (2018) 121-138.
- GUARDINI, R., *Meditaciones teológicas*, Madrid: Guadarrama, 1965.
- GUINNESS, A., *Memorias*, Madrid: Espasa Calpe, 1987.
- INSA, F. J., «Estilos formativos e interiorización de la imagen de Dios», en ID. (coord.), *Formar en la y para la libertad. Seguir a Cristo en la vida sacerdotal*, Madrid: Palabra, 2023, 215-246.
- JUAN DE ÁVILA, *Segunda plática para clérigos*, en *Obras completas del santo maestro Juan de Ávila*, vol. 3, Madrid: BAC, 1970, 376-394.
- JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Pastores dabo vobis*, 25-III-1992.
- JUAN PABLO II, Ex. Ap. *Pastores gregis*, 16-X-2003.
- KNOX, R., *El Credo a cámara lenta*, 3ª ed., Madrid: Palabra, 1991.
- LARCHET, J. C., *Terapéutica de las enfermedades espirituales*, 2ª ed., Salamanca: Sígueme, 2016.
- MARTÍNEZ ORTEGA, J. M., *Ser, hacerse y sentirse padre en el sacerdocio ministerial. De la filiación a la paternidad espiritual a través de la esponsalidad con la Iglesia en Cristo*, Roma: Edusc, 2024.
- MARTÍNEZ ORTEGA, J. M. e INSA, F., «La paternidad espiritual del sacerdote en la tradición de la Iglesia», *Annales Theologici* 38/1 (2024) 243-308.
- MORTARI, L. (a cura di), *Vita e detti dei Padri del deserto*, Roma: Città Nuova, 1997.
- PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Evangelii Gaudium*, 24-XI-2013.
- PAPA FRANCISCO, Ex. Ap. *Christus vivit*, 25-III-2019.
- PAPA FRANCISCO, Carta Ap. *Patris corde*, 8-XII-2020.
- PEYRIGUÈRE, A., *Dejad que Cristo os guíe*, Madrid: Cristiandad, 2017.
- PHILIPPE, J., *La paternidad espiritual del sacerdote. Un tesoro en vasos de barro*, Madrid: Rialp, 2021.
- PIEPER, J., *Las Virtudes fundamentales*, 10ª ed., Madrid: Rialp, 2012.
- SALISACHS, M., *El caudal de las noches vacías*, Madrid: Martínez Roca, 2013.
- SYSSOEV, P., *La paternidad espiritual y sus perversiones*, Salamanca: Sígueme, 2022.
- TRESE, L. J., *Vasija de barro*, 9ª ed., Madrid: Palabra, 2009.
- VARDEN, E., *Castidad. La reconciliación de los sentidos*, Madrid: Encuentro, 2023.